

Crítica a la epistemología de la economía neoclásica

Pedro Alejandro Abreu.

pedroalejandro23@gmail.com

Universidad Central de Venezuela.

RESUMEN

Este trabajo, es un análisis crítico a los fundamentos epistemológicos de la economía neoclásica, cuyos postulados han sido la base ideológica de la economía neoliberal, y de toda la teoría económica moderna. La teoría económica suele evitar el análisis filosófico puesto que este, se encuentra más allá de sus límites disciplinarios; pero la filosofía siempre ha estado implícita en la teoría económica, eludiendo el análisis crítico e instituyéndose como un dogma. Constituye una aproximación crítica a la racionalidad económica y una investigación sobre su paradigma epistemológico.

PALABRAS CLAVE: epistemología, racionalidad económica, paradigma, economía neoclásica.

ABSTRACT

This research is a critical analysis of the fundamentals of the epistemology of the neoclassic economy; they have been the ideological base of neoliberal economy and of the modern economic theory. The economy theory ignores the philosophical analysis because it is far from the disciplinary limits. But philosophy has been implicit in economic theory in order to elude the critical analysis and trying to establish it as a dogma. This research constitutes a critical approximation to the economic rationality and an investigation about its epistemological paradigm.

KEY WORDS: Epistemology, Economic Rationality, Paradigm, Neo-classic Economy.

Recibido: enero 2014

Aceptado: abril 2014

RÉSUMÉ

Ce travail est une analyse critique aux fondements épistémologiques de l'économie néoclassique dont ces postulats ont été la base idéologique de l'économie néolibérale et de la théorie économique moderne. La théorie économique ignore l'analyse philosophique parce qu'elle se trouve loin de ses limites disciplinaires, évite l'analyse critique et s'établit comme un dogme; mais la philosophie a été toujours implicite dans la théorie économique. Ce travail constitue une approche critique à la rationalité économique et une recherche de son paradigme épistémologique.

MOTS-CLÉS: épistémologie, rationalité économique, paradigme, économie néoclassique.

Introducción

Entre todas las ciencias sociales, la economía se ha caracterizado por ser la más rígida en cuanto a su matriz epistémica. La epistemología de la economía neoclásica ha sido mucho más reticente al cambio paradigmático que incluso, las ciencias naturales de las cuales ha tomado su método. En efecto, la teoría económica neoclásica se articula como un remedo de la física newtoniana aplicada a los hechos económicos, por lo cual, el paradigma kantiano como correlato epistemológico de la mecánica vectorial, va a ser la norma que revestirá de validez y dará la distinción de ciencia, a la economía.

El hecho de criticar los fundamentos epistemológicos de la economía neoclásica, se debe a su impacto y trascendencia para la teoría económica en general. La economía neoclásica –heredera de la economía política clásica-, sentó las bases filosóficas que definen la disciplina y, por consiguiente, revisar la validez y vigencia de dichas bases es un objetivo teórico fundamental, pero escasamente abordado por los economistas. La economía neoclásica, vista como la integración del análisis marginalista a la economía clásica, sigue viva en la epistemología y en el sistema axiomático de la teoría económica moderna, dentro de la cual, los principios fundacionalistas neoclásicos se resisten a ser falsados.

La evasión de los problemas filosóficos propios de la teoría económica, no sólo se debe a la renuencia a admitir el trasfondo metafísico de algunos postulados que buscan blindarse de toda falsación, sino que, tal como señala Martínez (2007) “el cambio científico de paradigma no está gobernado por reglas racionales, es algo histórico, ligado y explicado en términos de

psicología social” (p.58). En otras palabras, es un análisis que trasciende las fronteras de la disciplina económica y de su método, por lo cual, requiere necesariamente un abordaje interdisciplinario que pueda sentar las bases de una nueva economía. Martínez Miguelez está en lo cierto al decir que “cuando un científico no filosofa explícitamente, lo hace implícitamente y entonces lo hace mal” (2007); nada refleja mejor el estado de la teoría económica actual que esta oración.

La relevancia dada a la cuantificación, hace que la economía parezca una ciencia exacta, aunque demás esté decir que no lo es. No obstante, el hecho de que las decisiones de los agentes económicos sobre cómo administrar sus recursos escasos sea cuantificable en términos monetarios, ha permitido justificar el desarrollo matemático y estadístico en esta disciplina, por encima del resto de las ciencias sociales. Así, pues, la ciencia económica trata de saldar sus deficiencias epistemológicas a través de métodos cuantitativos cada vez más sofisticados. En el logos de la economía neoclásica, surge la noción del *homo economicus*, como una representación estilizada, matemática y determinista del comportamiento humano, el cual, recorta algunas de las dimensiones fundamentales del hombre, definiendo su ontología.

La economía neoclásica, trajo consigo la visión de la separación sujeto-objeto propia del pensamiento occidental en su ubicuo proyecto de dominación sobre la naturaleza. El ser humano como objeto pasivo de observación, y el ideal siempre inalcanzable de observación objetiva, en la cual, se excluye cualquier efecto del observador sobre el objeto de estudio, van a prevalecer bajo esta lógica de validez; la acción interpretativa y reflexiva del hombre sobre el mundo, el carácter fenomenológico de los hechos económicos y, en general, cualquier elemento que no pudiera ser filtrado bajo el ojo escrutador del análisis cuantitativo, serán considerados variables exógenas, objeto de estudio de otras ramas disciplinarias, e incluso menospreciados por no cumplir con sus estándares de rigor científico; aún si dichos fenómenos, fuesen elementos fundamentales para el desarrollo y evolución de la disciplina.

La rigidez epistemológica de la economía neoclásica

No se puede hablar sobre la rigidez de algún tipo de conocimiento humano, sin hablar de la conformación socio-histórica de los dogmas. La noción a través de la cual se afirma que la mejor manera de servir al interés común es permitir que cada cual defienda sus propios intereses, ya está presente en el liberalismo emergente del siglo XVIII, sobre el cual escribe Adam Smith, quien compila y sincretiza en buena parte, las ideas de los

fisiócratas franceses. La doctrina del *laissez faire*, o liberalismo económico, surge en un periodo en el cual los Estados nacionales, detentan industrias lo suficientemente fuertes y competitivas a nivel mundial, como para poder plantearse flexibilizar el proteccionismo imperante hasta entonces, propio del juego de suma cero del periodo mercantilista. El *laissez faire*, visto como narrativa social, trae consigo la emergencia del individuo como sujeto social, necesario para la conformación y desarrollo del capitalismo. Como señala Del Búfalo (1992) la abstracción real del intercambio mercantil, en un intercambio aislado se da en la ecuación de igualdad $xA = yB$, en dónde x y y son individuos y A y B mercancías, así pues la condición de igualdad que deben tener las mercancías se manifiesta en el concepto de valor, gracias a este, la igualdad social de los sujetos mercantiles y la igualdad natural de las dos mercancías queda mediada.

No obstante que la contrastación empírica ha demostrado que el mercado es más bien un sistema dinámico de equilibrios inestables revestidos de indeterminación, la idea de que una mano invisible del mercado, a modo ley natural (fuerza intrínseca de la naturaleza), propenderá siempre al equilibrio, es una idea que subyace aún en la teoría económica actual. La falta de evidencia empírica de este fundamento sobre el cual se siguen construyendo complejos modelos basados en la lógica matemática y, en línea general, la derivación de teorías a través de la manipulación lógica de enunciados y axiomas que se resisten a ser falsados, dan prueba del carácter apologetico de la teoría económica. A esta apología del sistema económico imperante, es a lo que George Soros (1999) denomina como, *fundamentalismo de mercado* y, está vinculado al concepto de falsa conciencia.

En síntesis,

dogmatismo, relativismo, escepticismo, empirismo, racionalismo, idealismo y realismo no son tan solo posturas gnoseológicas que el sujeto de conocimiento elige libremente para satisfacer sus necesidades intelectuales. Tales posturas son parte de prácticas sociales que se desarrollan en un articulado de relaciones de poder donde adquieren su significado y valoración (del Búfalo, 1998, p.35).

Los axiomas fundacionalistas de la economía neoclásica

Independientemente de que las teorías económicas actuales, se contrasten empíricamente a través de modelos estadísticos cada vez más elaborados, la teoría económica, que se constituye en una trama de relaciones

lógico matemáticas, está sostenida sobre axiomas, sobre los cuales –como se mencionó-, poco se reflexiona.

Entre los elementos que se consideran fundamentales en la conformación de la epistemología de la economía neoclásica y sus axiomas, se han establecido los siguientes:

La ontología del ser humano en la teoría económica neoclásica.

El primero, y quizás el más fundamental de los axiomas de la teoría económica neoclásica, versa sobre la ontología del ser humano. La visión mecanicista del ser humano; el como *homo economicus*. Al respecto Martínez Miguelez señala:

La ciencia Newtoniana cartesiana ha creado una imagen muy negativa de los seres humanos, describiéndolos como máquinas biológicas operadas por impulsos instintuales de naturaleza bestial (...) Esta imagen aprueba el individualismo, el egoísmo extremo, la rivalidad y el principio de supervivencia del más fuerte como esencialmente sanas. (2007, p.76).

Aunado a lo dicho por Martínez (ob.cit) se tiene que esta imagen del hombre, es totalmente compatible con el individualismo de mercado, propuesto por la doctrina del *laissez faire*.

La visión ontológica del ser humano que subyace en la teoría económica, parte de una primera aproximación al ser como ente autónomo, con una naturaleza propia e independiente de su desarrollo histórico-social. El individuo esencialmente “bueno” de Rousseau, que es corrompido por la sociedad en un extremo, se contrapone al sujeto como ente esencialmente conflictivo de Hobbes; el hombre como lobo del hombre. Siendo ambas visiones, delimitadoras del ser humano como ente complejo. Sin embargo, la esencia humana no es algo inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales tal como señala Marx en su crítica a Feuerbach.

La noción del *homo economicus*, cómo objeto de estudio y ente definido, está intrínsecamente enmarcada dentro de la línea de pensamiento occidental. De hecho, la concepción de una naturaleza pasiva sometida a leyes deterministas es una especificidad de occidente, que ya caracterizaba a la filosofía griega, la cual, ya contenía la separación sujeto-objeto, propia de la ciencia moderna. Al respecto dice Prigogine (1977, p.21) que: “es en

nuestra cultura donde el hombre más se defiende de la noción de ser un objeto impotente en el curso del universo". Bajo esta misma reflexión, sorprende saber que en China y en Japón, la palabra para naturaleza, significa lo que existe por sí mismo. Pero esta forma de ver a la naturaleza y de definir sus entes, obedece a un proyecto de dominación, explotación y control de dicha naturaleza, y la economía no será la excepción. Tales aseveraciones, se ilustran perfectamente en el *Discurso del Método* de Descartes, en el cual, manifiesta lo siguiente sobre el objetivo del conocimiento de los principios generales que rigen la naturaleza:

Podemos encontrar una práctica, mediante la cual, conociendo las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos, y de todos los cuerpos que nos rodean, tan distintamente como conocemos los oficios de nuestros artesanos, podríamos emplearlas del mismo modo en todos los usos, para los cuales son adecuadas, y así, hacernos dueños y poseedores de la naturaleza (p.29).

La búsqueda de una naturaleza humana independiente de la sociedad, siempre ha hallado su basamento en la biología humana y sus avances. Es en las disciplinas modernas como la neurobiología en donde se indaga lo que hay de innato en el hombre, encontrando tan solo condiciones necesarias más no suficientes, que posibilitan el desarrollo de la cultura como elemento distintivo del hombre, así por ejemplo, el lenguaje –que construye realidades-, solo es posible gracias al aparato fonador y, posiblemente –como afirma Noam Chomsky- a una gramática o estructuras lingüísticas innatas (cuando menos unas condiciones cerebrales básicas, que permitan el desarrollo del lenguaje). Pero reconocer la dimensión biológica del ser humano como condición necesaria para el desarrollo del lenguaje y de la producción de la realidad, si bien se aleja del relativismo ontológico, no excluye la no separabilidad del lenguaje del mundo que sí parece estar ausente en la teoría económica neoclásica. Por el contrario, es reconocer los límites estrechos e insoslayables del esencialismo –que busca apalancarse en las disciplinas científicas emergentes. Estos límites no hablan de una naturaleza humana, sino de potencialidades no deterministas, y se constituyen como requisitos para la conformación de una realidad siempre contingente; la realidad del hombre. A pesar de esto, la teoría económica parece sólo querer escuchar de la biología y de otras disciplinas, lo que se ajuste a sus teorías.

Finalmente, se tiene que definir un objeto de estudio (y en general conceptualizar), es siempre acotar la realidad. Tomar algunos aspectos de

lo que se quiere definir, y rechazar otros, tratando siempre de abstraer de dichos objetos algunas cualidades generales distintivas. Dicho esto, se tiene que el *homo economicus* es fundamentalmente un consumidor racional. Sin embargo, esta delimitación ontológica tan reducida, pone al ser humano en una categoría similar a la de los rumiantes. De esta manera, la satisfacción solo puede derivar del consumo de bienes y servicios, y dicho consumo, es susceptible de ser cuantificado en términos monetarios. De esta manera, con la finalidad de proporcionar rigor científico a su disciplina, los economistas contemporáneos han relegado el tema de los valores no expresados. Los únicos valores considerados son aquellos que, aunque menos importantes, pueden ser cuantificados asignándoles un valor monetario.

El todo como la suma de sus partes

La locución latina *ceteris paribus* que quiere decir, “manteniendo todo lo demás constante”, se utiliza en economía para denotar que se está estudiando un fenómeno económico aisladamente y no en su contexto (en una especie de vacío social). En efecto, la idea de que los fenómenos económicos pueden estudiarse aisladamente y no como un sistema de variables interdependientes está profundamente arraigada en la teoría económica neoclásica. El individualismo metodológico de la economía neoclásica, se encuentra intrínsecamente unido a la teoría de la elección racional. Así, pues, los axiomas de la economía neoclásica se refieren a individuos y no a sistemas sociales; dichos axiomas se ocupan de la deliberación que precede a la acción, no desde un abordaje praxeológico, sino simplificando el comportamiento hasta el extremo de poderlo modelar en fórmulas matemáticas. En resumen, la sociedad es una colección de individuos que únicamente se distinguen por su talento particular y, por consiguiente, el estudio de los hechos sociales se puede reducir al estudio de los individuos.

Este modo de estudiar los fenómenos económicos está vinculado a la “creencia” de que el todo es igual a la suma de sus partes. En realidad, comprender un fenómeno económico aisladamente, aporta muy poca información sobre su verdadero comportamiento en la interacción con el resto de las variables; es decir, sobre su única forma de manifestarse como fenómeno. No es como estudiar el funcionamiento del hígado en un cuerpo sano, sino más bien, es como estudiar el buen funcionamiento del hígado de un cuerpo inexistente. Este modo de pensar recuerda mucho a la biología ficcista. No obstante, los modelos son siempre representaciones

más o menos adecuadas de la realidad y, por consiguiente, siempre falibles y sujetos a la falsación. Lo que aquí se cuestiona, no es la ineficacia de un determinado modelo teórico, sino el abordaje epistemológico subyacente; el individualismo metodológico.

Este enfoque fragmentario y reduccionista, es el que caracteriza a la economía actual (Martínez, 2007). Bajo este enfoque, se olvida que la economía no es más que un aspecto de una estructura ecológica y social. Los economistas modernos aún no ven a su disciplina como un sistema orgánico formado por seres humanos interactuando entre ellos, y con el medio ambiente conformado a su vez, por organismos vivientes (ob.cit).

La idea del todo como suma de sus partes es uno de los elementos fundamentales del marginalismo. Las teorías de desarrollo económico modernas, están basadas en este principio. Todas ellas buscan maximizar la utilidad (satisfacción derivada del consumo de bienes y servicios) a través del tiempo y, para lograrlo, buscan asegurar que el individuo maximice su utilidad. Detrás de las teorías de maximización de la utilidad marginal, se encuentra el constructo moral del utilitarismo de Jeremy Bentham y de John Stuart Mill¹, bajo este principio ético las cosas son justas en la medida que logren un mayor grado de felicidad (placer y ausencia de dolor)²; e injustas cuando tienden a producir lo contrario.

Se dejará a un lado la cuestión del problema no menos fundamental de la subjetividad del vago concepto de felicidad que plantean los utilitaristas y la imposibilidad de su cuantificación, para seguir analizando la visión del todo como suma de sus partes. Según el enfoque utilitarista, la suma de sus utilidades individuales, es igual a la utilidad total de la nación y, por consiguiente, solo basta con asegurar las condiciones necesarias para que el individuo maximice su utilidad como condición necesaria y suficiente para lograr las metas de desarrollo. Esta noción de desarrollo, es una idea realmente hegemónica, puesta que se encuentra presente incluso en los modelos y propuesta de desarrollo no ortodoxos³.

Las implicaciones éticas del utilitarismo son bastas; las políticas económicas se diseñan para garantizar un efecto positivo sobre la mayor parte de

-
1. Stuart Mill jerarquiza los placeres, dándole mayor ponderación a los placeres intelectuales.
 2. Tales proposiciones morales se pueden rastrear en la filosofía de Epicuro de Samos y Aristóteles.
 3. Con modelos no ortodoxos, se está refiriendo a todos aquellos que no pertenezcan a las corrientes de pensamiento de la teoría neoclásica, monetarista e incluso nekeynesiana.

la población, sin embargo, existe la posibilidad de que esto puede hacerse a costa del sufrimiento de unos pocos en lo que se asemeja a una “*aritmética del bienestar*”⁴. Bajo esta “*aritmética del bienestar*”, si se suma el alcance de los beneficios en términos de satisfacer a un mayor número de habitantes, y se restan los perjuicios a ciertas minorías, se está actuando de manera justa y éticamente justificable.

El utilitarismo como principio ético se encuentra articulado y estrechamente vinculado al liberalismo. Para el liberalismo la libertad siempre es un bien que aporta felicidad, el individuo es el mejor juez de sus intereses, de modo que para maximizar su utilidad hay que dejarle decidir; puesto que, se puede esperar que sus decisiones serán siempre racionales. No obstante, como señala George Soros (1999), servir al interés propio no siempre garantiza la optimización del beneficio común, tal como plantea la economía política clásica y posteriormente, la economía neoclásica. No existe tal ley natural que de garantía de que esto se cumpla; por el contrario, los intereses individuales suelen oponerse al interés social, y es más la norma que la excepción ver cómo el colectivo debe sufrir los males del ejercicio de la libertad individual como principio esencial. Es el caso de la contaminación ambiental. Como suele suceder, contaminar resulta ser casi siempre menos oneroso para las empresas que utilizar alternativas ecológicas, sin embargo, el costo diferido por las empresas de la contaminación, se traduce en una desmejora de la calidad de vida en la tierra. No cabe duda de que cualquier costo ecológico en el que incurran las empresas, será finalmente acarreado por el consumidor final; no obstante, el problema de la contaminación trasciende a cualquier consideración ética para convertirse en un problema para la supervivencia humana como único imperativo categórico, si es que puede considerarse la existencia de alguno.

Huelga decir que –a diferencia de la jerarquía planteada por Stuart Mill, el consumo de bienes ocupa un lugar preponderante en la teoría económica neoclásica, en lo tocante a la jerarquización de las utilidades derivadas de la satisfacción de las necesidades⁵. Como se señaló anteriormente, la

4. Distinguir de la aritmética del estado de bienestar. “*La Aritmética del bienestar*” es un concepto propio referido al análisis de costos y beneficios sociales.

5. Según la pirámide de necesidades humanas de Abraham Maslow, el consumo de bienes y servicios debería estar dentro de las necesidades básicas –en la base piramidal. Es decir, entre las necesidades fisiológicas y de seguridad. No obstante, tal como señala Marvin Harrys en su libro *Jefes, cabecillas y abusones*, el consumo –en mayor o menor grado según cada cultura-, puede atender necesidades superiores, como las de reconocimiento y autorrealización.

utilidad derivada del consumo de bienes y servicios, al ser cuantificable en términos monetarios, se convirtió en la única fuente de utilidad a maximizar. Esta delimitación arbitraria de la utilidad, se constituye como uno de los principios subyacentes de la sociedad de consumo actual, caracterizado por la obsolescencia programada. Hoy más que nunca, emergen del olvido las lúgubres teorías de Thomas Malthus, en las cuales abogaba por el control demográfico dada la imposibilidad de satisfacer una demanda de consumo, cuya producción crecía en proporción aritmética, en tanto que la población crecía en proporción geométrica. El desarrollo tecnológico ha logrado sortear los límites de la productividad. Sin embargo, cabe resaltar que -a no ser que se logre manipular los desechos de una manera más eficiente-, existe un límite ecológico insoslayable para la producción de bienes y servicios; en otras palabras, los recursos naturales son agotables y el planeta no puede soportar un ritmo de producción infinito. Es un problema intrínseco al sistema capitalista actual, que parece no tener solución dentro del mismo sistema. Así, pues, tal como se constituye el sistema económico hoy en día, no es ecológicamente posible que cada habitante de China pueda acceder a los niveles de consumo del norteamericano promedio sin que el planeta colapse. A propósito de esto, la visión de Malthus no solo es bastante realista, sino también lapidaria:

Vano era poner esperanzas en un progreso indefinido del hombre y la sociedad, pues quedaba manifiesta la absoluta imposibilidad, nacida de las leyes fijas de la naturaleza (Swartz, de Malthus 1969, p. 34).

Aunque quizás suene chocante el hecho de que Malthus caminaba hacia una apología de la desigualdad, y naturalización de las carencias materiales de las mayorías, su análisis sobre los límites de los factores productivos, puede ser retomado y separado de sus otras hipótesis, para abordar la imposibilidad de la consumación del ideal de consumo moderno.

El utilitarismo, como uno de los soportes filosóficos de la arquitectura lógico matemática de la teoría económica neoclásica, se basa en una decisión moral y no en los hechos o la lógica, mucho menos en algún tipo de derecho natural (iusnaturalista). Es una decisión ética con pretensiones científicas, que presenta palpables contradicciones, y que se erige como uno de los pilares de irracionalidad que soportan las aspiraciones científicas de la teoría económica moderna. El todo no es tan sólo la suma de sus partes, y menos -como es el caso de las utilidades individuales-, de unas partes que ni siquiera es posible sumar.

El tiempo sincrónico: la negación de la flecha del tiempo

Según la mecánica newtoniana, se puede conocer el comportamiento de cualquier fenómeno natural, en cualquier instante del tiempo, al conocer sus condiciones iniciales. La incertidumbre viene del desconocimiento de todas las causas que le generan, y el tiempo es simétrico. Esta forma de concebir el tiempo puede verse en la predicción del movimiento de los planetas en sus órbitas elípticas, un movimiento continuo e invariable en el tiempo. Dicho de otro modo, bajo unas mismas condiciones, las variables en estudio se deben comportar siempre de la misma forma con independencia de la dimensión temporal, de tal manera que se excluye la existencia de hechos particulares, contingentes y aleatorios. A pesar de la fuerza que tiene aún hoy en día este enfoque sobre el conocimiento de los fenómenos, la ciencia moderna, ha derrumbado estas nociones deterministas de la realidad, para dar cabida al caos y al azar, como elementos intrínsecamente constituyentes de la naturaleza.

Werner Heisenberg descubre el principio de *indeterminación* o *incertidumbre del átomo*, el cual acaba con la causalidad lineal y unidireccional de la física moderna y el resto de las ciencias. La lógica formal también se encuentra con evidentes antinomias cuando descubre que el electrón se comporta como partícula y a su vez como onda, siempre en relación a las propiedades de la situación experimental. Así, pues, el electrón parece no poseer propiedades objetivas que no dependan de la mente del observador (Martínez, 2007). “Es el observador el que con su método de interrogación y su instrumental de medición fuerza a la naturaleza a revelar una u otra posibilidad” (Martínez de Heisenberg, p. 82).

Por otra parte, Ilya Prigogine, gana el premio nobel la teoría de las estructuras disipativas. Aquellas que, alejadas del equilibrio entrópico, se empiezan a regir, en su constitución autorganizativa y proyectiva, por el azar.

La idea del azar como timón de la creación, se puede rastrear hasta Epicuro, con su teoría del *clinamen*. Según esta teoría, los átomos que constituyen todas las cosas, siguen trayectorias paralelas a velocidades constantes; la creación ocurre cuando de manera aleatoria y espontánea, dichos átomos se desvían de su trayectoria y chocan con otros para combinarse y generar la novedad (Prigogine, 1997). Las teorías de Prigogine, al igual que las de su contemporáneo Jacques Monod, exponen una dialéctica entre el caos y el orden revolucionaria para la ciencia, abren la puerta a un replanteamiento de la concepción que el ser humano tiene de sí mismo, su lugar en el universo y en general de toda su cosmovisión. El azar como elemento

constitutivo de la naturaleza, determina la noción de la flecha del tiempo. El tiempo es irreversible, es decir, los acontecimientos azarosos son únicos y ocurren en un lugar espacio temporal determinado. Así, pues, existe una historia del universo, de la naturaleza, de sus fenómenos y quizás hasta de las leyes naturales.

Las implicaciones filosóficas de la concepción del azar sobre la libertad y del papel del hombre como ser proyectivo son bastas, no obstante, están fuera del alcance del presente texto. Bastará con decir que –a pesar del éxito de estas ideas en la comunidad científica–, no son el paradigma imperante. Mientras que la física cuántica y en general, la física moderna, siguen siendo ajenas a casi la totalidad de la praxis social, la física newtoniana y su forma de aproximarse al conocimiento, no solo funcionan para la gran mayoría de las aplicaciones técnicas de la ciencia a las que se enfrenta el hombre en la actualidad, sino que, aún hoy, su patrón epistemológico sigue definiendo y configurando los criterios de validez científica en muchas áreas del conocimiento; es el caso de la economía.

Cabe resaltar que el nacimiento de las diversas disciplinas de las ciencias sociales con la demarcación de sus objetos de estudio específicos (finales del siglo XVIII y siglo XIX), coincide con el desarrollo de la física y sus exitosos logros en comparación al resto de las ciencias. No es de extrañar que fuese la física, el modelo a seguir para revestir de carácter científico a las diversas disciplinas emergentes de las ciencias sociales, alejándolas del subjetivismo. Es en este periodo en el que surge la economía neoclásica, de la mano de teóricos como Alfred Marshall y León Walras, como sus principales representantes. Para la recién nacida economía neoclásica, la historia no era una variable a considerar: mucho menos el carácter ideográfico y fenomenológico de los hechos económicos. Las condiciones iniciales de los experimentos controlados de laboratorio, tuvieron su remedo en los supuestos de la economía neoclásica. Sin importar el momento histórico-social, toda vez que se cumplieran los supuestos⁶ (bastante irreales y restrictivos

6. Varios de los supuestos de la economía neoclásica, ya han sido explicados. En resumen se tiene que: 1) Los mercados son competitivos (competencia perfecta), es decir ningún agente por sí solo puede manejar el precio de mercado. 2) Racionalidad: las personas tienen preferencias racionales, los agentes económicos son maximizadores de utilidad, las empresas maximizan ganancias, las decisiones económica siempre son racionales 3) Precios flexibles: todos los precios se ajustan de manera automática, y retornan rápidamente a su nivel de equilibrio (equilibrio walrasiano). 3) información perfecta: los agentes económicos actúan en base a un pleno conocimiento de las variables: la información es relevante y completa.

de por sí) los fenómenos económicos debían comportarse como lo predecía la teoría. De esta manera, y desde entonces, se destierra a la historiografía del análisis económico⁷. La historia –si es que puede dársele ese nombre–, se limita a datos estadísticos, normalmente de orden monetario, organizados en series temporales.

La economía neoclásica tomará para sí, el individualismo metodológico. Según este, para dar cuenta de cualquier hecho económico o social en cualquier lugar y tiempo son las creencias, decisiones y acción es de los individuos implicados en él (Bunge, 2001). Como se explicó algunas líneas antes, los supuestos de la economía neoclásica se constituyeron como condiciones para el funcionamiento de los modelos y, aunque la economía neoclásica buscaba ser positiva y no normativa, el cumplimiento de dichos supuestos empezó a verse como un patrón de normalidad en el buen desempeño económico. Aunado a esto, a pesar de las ínfulas de científicidad, los supuestos de la economía neoclásica se convertirían en algo más que dogmas enmascarados, vendrían a rescatar las bases filosóficas de la teoría económica toda vez que fuesen amenazadas; se convertirían en hipótesis *ad hoc*. Los supuestos que sentó la economía neoclásica para desarrollar sus modelos, se instituyeron como obstáculos infranqueables que lograron blindar parcialmente a la teoría económica de toda falsación. De tal manera que –siguiendo la tradición neoclásica–, en teoría económica moderna, siempre está buscando ajustar la realidad a sus planteamientos y no al revés. Una buena forma de plasmar esta inclinación epistemológica, se encuentra en el mito de Procusto:

Según esa narración fabulada, Procusto asaltaba a los viajeros y los llevaba a su casa, donde los ponía en un lecho de hierro forzándolos a adaptarse al mismo: si eran más pequeños que el lecho, les estiraba las piernas; si eran más grandes se las cortaba (Martínez, 2007, p. 161)

Así por ejemplo, la mano invisible del mercado, visto como una ley natural que regula el mercado y lo hace dirigirse de manera natural hacia un determinado equilibrio, no se cumple en muchas ocasiones. Como señala Joseph Stiglitz, la mano invisible del mercado muchas veces parece ser invisible, porque no existe, y no porque no se cumplan algunos supuestos. No obstante, los teóricos del *fundamentalismo de mercado* –como le define George Soros–, siguen postulando que este modelo de autorregulación es una ley universal, como cualquier ley natural.

7. El marxismo constituye un caso aparte que se tratará más adelante.

La naturalización de la propiedad privada

Dentro de la corriente *iusnaturalista*, para la economía neoclásica, la propiedad privada es algo dado e intrínseco a la economía, forma parte de la ontología del *homo economicus* como agente de intercambio; es algo inherente al ser humano. Al ser un análisis ahistórico, el desarrollo de la propiedad privada ni siquiera es explicado, tal como si ésta –a pesar de sus evidentes implicaciones en la distribución de los recursos- no fuese un problema propio de la disciplina.

El individuo como sujeto social y, por consiguiente, como propietario privado de por lo menos de su propio cuerpo, surge de la descomposición del orden despótico feudal, adquiriendo con esto, nuevos derechos vinculados a las prácticas mercantiles (Del Búfalo, 2002).

La práctica de intercambio mercantil con su principal postulado de igualdad entre los intercambiantes, origina -como se mencionó anteriormente-, la nueva concepción de igualdad natural entre los hombres que enarbolaban por filósofos estoicos y cristianos (ob. cit). Cabe resaltar que, en el cuerpo místico feudal de la sociedad carolingia, no existía la igualdad funcional (en la praxis), en el cuerpo corruptible contingente y material, el concepto flotaba en la nebulosa de la igualdad de las almas de la *christianitas*.

El capitalismo surge en los burgos, con la aparición de un nuevo sujeto social dominante, *la burguesía mercantil*. De la mano de esta nueva clase emergente la sociedad europea avanzaría hacia un nuevo modo de producción, y la vieja nobleza se iría aburguesando.

Con el advenimiento del capitalismo, se generó el proceso de separación de los medios de producción de los productores directos, en lo que Karl Marx denominaría acumulación originaria. La acumulación originaria, fue un proceso de expropiación sistemático de los medios de producción, que devino en una acumulación de dichos medios de producción en pocas manos. Al despojo de los medios de producción, vino de la mano de la emergencia de la fuerza de trabajo; aquellos quienes solo contaban con dicha fuerza, como mercancía para el intercambio.

Los medios de producción, a su vez, se convierten en trabajo muerto (trabajo realizado tiempo atrás, incluyendo el stock de mercancías), sujeto a ser acumulado e intercambiado: se convierten en *capital*. Así, pues, el origen de la propiedad privada de los medios de producción, y la noción general de propiedad, distan de ser algo intrínseco a una hipotética naturaleza humana. La propiedad privada no está dada, y tampoco es una variable exógena

como puede deducirse de la teoría económica neoclásica. Es producto de un desarrollo histórico-social particular.

La omisión de relaciones de poder

La economía neoclásica y la teoría económica moderna (salvo algunas aproximaciones a través de la teoría del monopolio)⁸ en su individualismo metodológico, omiten las relaciones de poder. Sin embargo, las relaciones de poder son una variable fundamental e inseparable de la economía, puesto que, como reconoce la corriente neo institucionalistas, juegan un papel fundamental no solo en la distribución de los recursos, sino en la formación de las instituciones que definen el desempeño económico de los países. Son una variable endógena y explicativa a la vez.

Huelga recalcar que aunque la economía neoclásica, busca ser una ciencia positiva y no un conjunto de enunciados normativos, en realidad, es siempre normativa y su discurso es el de la naturalización de las relaciones de poder. Cabe preguntarse pues, ¿por qué omitir una variable tan fundamental como lo son las relaciones de poder en el análisis teórico? En el mejor de los casos, puede pensarse que se debe inicialmente a la carencia de instrumentos adecuados para su cuantificación, sin embargo, lo que no se explica suele suponerse como el orden natural de las cosas y, la heredera legítima de la economía política clásica -la economía neoclásica- se constituye en un conjunto de teorías apoloéticas del sistema, cuyo principal objetivo es mantener el *status quo*. Llegado a este punto, se entiende el por qué del dogmatismo del libre mercado y de la escasa revisión de los fundamentos filosóficos de las doctrinas económicas modernas, herederas de la economía neoclásica. Así, pues, visto a la luz de la teoría marxista, el fundamentalismo de mercado, y su cuerpo teórico propio, son en efecto el brazo ideológico de las relaciones de poder, es decir, se articulan como falsa conciencia, con la autoridad conferida por el monopolio legítimo de la verdad propio de la ciencia. En efecto, la mejor manera de persuadir sin utilizar la fuerza, es detentando dicho monopolio de la verdad, sin importar si lo que se dice debe disfrazarse de ciencia o religión. Con esto, no se pretende desestimar el saber científico, ni sus potenciales beneficios a la humanidad, sino ponerlo

8. En la teoría económica neoclásica y en el *mainstream* de la teoría económica moderna ortodoxa, se habla del poder de fijar precios por encima del costo marginal, llamado poder monopolístico y, en comercio internacional, se distingue entre países grandes y países, por otra parte, algunas teorías de crecimiento y desarrollo introducen nociones similares. No obstante, estas son aproximaciones muy pobres y simplistas del papel que juegan las relaciones de poder en la economía.

en su justa dimensión. Se puede decir sin disimulos, que incluso las llamadas ciencias duras, supeditan el progreso tecnológico al empoderamiento y la perpetuación de las relaciones de poder y no al desarrollo del bienestar humano. El uso de armas de destrucción masiva y la enorme cantidad de recursos destinados para su investigación y desarrollo, dan cuenta de ello; es la ciencia al servicio de la destrucción.

El problema económico no se limita al qué producir, cómo producir y para quién producir, sino que, permea todas las esferas de la acción humana, dentro de las cuales, las relaciones de poder juegan un papel fundamental. Con esto no se pretende caer en un reduccionismo económico, sino hacer ver que todas las variables sociales están estrechamente vinculadas, como también lo están todas las disciplinas de las ciencias humanas; la complejidad de la realidad social es multidisciplinaria. En resumen, “las ciencias sociales son una, no porque todas se hayan reducido a una ciencia más básica (...), sino más bien porque, en virtud de los puentes entre ellas, constituyen un sistema conceptual” (Bunge, 2001, p.43)

Fuera de la ortodoxia de la teoría económica, el análisis sobre las relaciones de poder es notorio, no sólo en la teoría neoinstitucionalista, sino, en sus albores, en la teoría marxista. Es en la teoría marxista dónde las variables económicas, y la sociedad en su conjunto empiezan a verse como un sistema cuyas partes solo tienen sentido en su interacción, combinando los enfoques nomotéticos e ideográficos. A este respecto, Enzo Del Búfalo ubica a Marx en la génesis de este análisis:

Marx tuvo el mérito de mostrar que las relaciones de poder son constitutivas del orden económico y de esta forma pudo concebir al capitalismo como un conjunto de prácticas sociales que afectan a todo el orden social y no simplemente como una forma de organización de la producción de bienes y servicios y, en este sentido, abre un camino a la comprensión de la vinculación genética de Estado nacional y el capitalismo. (p.19-20.)

En síntesis, lo que hoy se toma como natural, no responde a ninguna esencia, sino que es el resultado de un conjunto de prácticas que lo han instituido.

El realismo ingenuo

Para la economía, al igual que para las ciencias exactas, los hechos económicos existen más allá de quien les observa y, además, son tal y como se

les piensa, como si lo observado formara parte de una realidad dada, cuya existencia fuese totalmente independiente a toda observación. Bajo este enfoque, cualquier enunciado tiene validez a la luz de su correspondencia con los hechos.

Al ahondar en la visión de una verdad por correspondencia con los hechos –como lo es, la del tipo absolutista que suscribe la teoría económica– se encuentran ciertas dificultades epistemológicas ineludibles. Se debe comparar la validez de los enunciados, confrontándolos con la realidad; no obstante, no resulta tan fácil, puesto que, sólo se puede acceder a dicha realidad a través de otros enunciados; en otras palabras, no se puede salir del lenguaje para contrastar empíricamente un enunciado o teoría; o bien, resulta humanamente imposible salirse de un marco conceptual para contemplar una realidad pre-conceptualizada fuera de todo esquema mental, es decir, para observar lo que Kant denominó, *la cosa en sí*.

Richard Rorty ilustra de manera clara y sucinta lo anteriormente dicho sobre la noción de verdad por correspondencia, en la siguiente analogía:

Nunca comparamos una fotografía con la realidad fotografiada. No tenemos acceso ni a la fotografía ni a la realidad fotografiada, con independencia de nuestra percepción tanto de una como de otra. Comparamos dos percepciones, nunca ponemos directamente en correspondencia las dos cosas que declaramos estar comparando. (Ibañez, 2005, p. 167)

El realismo ingenuo busca constreñir la realidad para hacerla calzar en sus estrechos parámetros conceptuales, instituidos por el paradigma, aun cuando el fenómeno en cuestión no se ajuste y se resista a amoldarse en el paradigma; lo que no encaja se elimina y se excluye, se consideran problemas espurios y son desterrados del ámbito científico, incluso si resultasen ser problemas axiales para el desarrollo de la disciplina. Este cientificismo reaccionario, condena radicalmente toda subversión al paradigma vigente. Es un comportamiento anticientífico que se articula, sin lugar a dudas, como un obstáculo para el desarrollo de la disciplina económica, alejándole de su estatus de ciencia; una consecuencia que deviene de la decisión de confundir la imagen mental con la realidad.

A pesar de la crítica anteriormente esbozada, la creencia según la cual existe una realidad, y de que se puede llegar a conocer, si bien no tiene en

última instancia una fundamentación científica sobre la cual asentarse, es una creencia necesaria, única y exclusivamente que por fines prácticos. Es útil para la supervivencia y para la existencia humana en general; dar sentido a las cosas parece ser una necesidad humana, posiblemente el realismo resume las aspiraciones de todo conocimiento. Pero decir que algo es útil no es lo mismo que decir que es verdadero, la utilidad práctica no es una condición suficiente de validez, de hecho, podría existir una falacia útil⁹ (La historia de la ciencia está llena de ellas). Así, por ejemplo, a pesar de que la mecánica newtoniana, quedó desplazada por la física moderna, todavía es aplicable a los problemas con los cuales se enfrenta la humanidad; es un conocimiento útil y vigente, aunque existan teorías que explican más y mejor los mismos aspectos de la realidad.

Dicho esto cabe preguntarse ¿cuál es el problema de que el realismo ingenuo trate de acceder a una realidad intrínseca? ¿no es lo que busca el mito y en general todo conocimiento? ¿es esto tan sólo una reflexión estéril para señalar las limitaciones evidentes del conocimiento humano? La respuesta estriba en las repercusiones éticas que conlleva dicha visión. El creerse poseedor de una verdad absoluta, por encima de todas las otras formas de concebir el mundo e imponerla a los otros, y, en definitiva, en las limitaciones que los dogmas del fundacionalismo implícito en los principios establecidos por la economía neoclásica, acarrearán para la libertad. Los dogmas, como el fundamentalismo de mercado, no admiten mejoras y les es ajeno perfeccionamiento, en tanto que reconocer la existencia de una forma de organización económica, no superior, sino contingente e histórica propia de occidente, abre las perspectivas a un replanteamiento de las verdades más fundamentales; aquellos enunciados que –a pesar de sus pretensiones-, no lograron superar los límites de la metafísica y que hoy se muestran inflexibles e impermeables al análisis crítico multidisciplinario.

Cualquier forma de organización social –en línea general-, no puede dejar de ser etnocéntrica, sin embargo, reconocer la propia cosmovisión como una de tantas, y no la única ni la mejor, debería suponer una ventaja al ejercicio de la libertad para la comunidad global actual, con los retos que afronta, no obstante, es una tarea imposible cuando se asientan verdades absolutas, sin fundamentos científicos y que no logran superar el más mínimo análisis.

9. Dado que la verdad es sólo temporalmente válida, y las teorías científicas son por definición falibles, en realidad, todo conocimiento puede ser considerado una falacia útil. Y, puede seguir siendo útil en la praxis, aun después de haber sido refutado.

La economía como entramado cultural propio de los diversos modos de producción

La teoría económica, versa sobre una forma particular de organizar y administrar la realidad material, dicho de otra forma, las decisiones sobre el destino de los recursos escasos ante distintos usos alternativos; el qué producir, cómo producir y para quién producir de un momento histórico y social determinado, y sus observaciones y postulados, tienen un impacto en la construcción de la misma realidad que pretende explicar, como se abordará más adelante. Aceptar la contingencia de la realidad económica exige un novedoso enfoque interdisciplinario, sistémico y que incluya el enfoque ideográfico en la economía. La antropología, desde su perspectiva holista, ha dado una visión particular al problema económico. Así lo señala Claude Levi-Strauss en su libro, *La antropología frente a los problemas de la modernidad*.

Lo que el antropólogo recuerda al economista, en el caso de que lo llegara a olvidar, es que el hombre no está hecho pura y simplemente para producir cada vez más. El busca también en el trabajo satisfacer sus aspiraciones que están enraizadas en su naturaleza profunda; realizarse como individuo imprimir su huella en la materia, dar, a través de sus obras, una expresión objetiva de su subjetividad. (2012 p.83).

Sin embargo, el hecho de reconocer la validez de otras formas de organización material, está lejos de ser una alegoría al “*buen salvaje*”, tampoco debe vérselos como modos de sociedad ideal por su aparente proximidad a un supuesto estado natural del hombre. Las sociedades de escaso desarrollo económico y tecnológico, no son un modelo viable a seguir para la modernidad en términos prácticos, pero tampoco puede tildárseles de atrasadas como lo plantean toda la teoría económica, incluyendo al marxismo; la cultura es más compleja que aquellas primeras observaciones de las variaciones fenotípicas que cimentaron la teoría de la evolución, de la cual, la economía ha tomado lo propio. De estas sociedades, se sabe que generan menos entropía exterior (en el ambiente) y tienden a mantenerse indefinidamente en su estado inicial. En realidad su relación ecológica, les aventaja en cuanto a la supervivencia; que es la del más apto, y no necesariamente la del más fuerte (mayor poder bélico o tecnológico). En efecto, bajo estas formas simples de organización tecnológica, se enmarca el 99% de la historia humana (del *homo sapiens*), el éxito del 1% restante, está por verse. Esta magnitud temporal no es algo que deba pasarse por alto. Así,

pues, romper con los dogmas subyacentes de la teoría económica, permitirá una visión eclética y flexible, la cual, más allá de respetar estas formas de organización sin establecer jerarquías, pueda tomar y articular en su seno lo mejor de ellas, reconociendo su valía.

Ahora bien, más allá de la posibilidad de que los enunciados de la teoría económica se logren aproximar asintóticamente a una supuesta realidad intrínseca, está el problema de la reflexividad. Ingenuamente la teoría económica neoclásica, sin excluir ninguna corriente¹⁰, tiene la creencia de que el observador no puede influir en el objeto de estudio.

Esta influencia se asemeja a la propia de la física cuántica, en donde las partículas pueden comportarse como ondas, según el enfoque desde el cual se les observe, es decir que, el observador “fuerza a una de las muchas potencialidades existentes a convertirse en realidad” (Martínez, 2007, p.82). A pesar de la analogía; las partículas no poseen una cualidad reflexiva. La teoría económica es una narrativa que construye realidades, las personas reflexionan sobre la información disponible –dentro de la cual se encuentra la teoría económica-, y tratan de utilizar dicha información para hacer predicciones sobre el futuro, con la finalidad de lograr ciertos objetivos. Es por esta razón que las predicciones económicas, a pesar del amplio desarrollo estadístico y su sofisticación en el estudio de modelos aleatorios, no logra ser precisas. Así por ejemplo, la teoría económica, ha observado como si fuesen rarezas anómalas, algunos fenómenos económicos de reflexividad; tal es el caso de las *profecías autocumplidas*. En las profecías autocumplidas, los actores económicos asumen la información económica y reaccionan a esta tomando medida preventivas; así, por ejemplo, ante la tentativa de un alza futura de precios podrían aprovisionarse de bienes a los precios de hoy, para cubrirse de la inflación agotando de esta forma las existencias (Watzlawick, 2014). No obstante, el hecho de haber agotado las existencias -dado un pronóstico que en este caso se supone falso-, es lo que realmente genera la escasez y el alza de precios. En los pronósticos de la bolsa de valores sucede algo similar, cuando todos manejan la misma información, ésta no permite sacar una ventaja adicional a quienes la utilizan, y, muchas veces, los rumores de alza o baja en cualquier acción, índice etc., pueden tener un profundo

10. Aun el marxismo, pasa por alto el impacto en la generación de la realidad social de sus planteamientos teóricos; la reflexividad. Se hace la salvedad de la teoría de la acción racional con arreglos a fines de Max Weber, la cual, incluye de manera germinal esta perspectiva.

impacto en el mercado de valores; esto se conoce en la jerga económica con el nombre de expectativas. Otro ejemplo es el del comportamiento de las llamadas corridas bancarias; cuando acaecen, ante el riesgo real o ficticio de iliquidez e insolvencia, las personas actúan interpretando la realidad, a la vez que la crean con sus acciones, pudiendo conducir a una entidad bancaria a la quiebra. Estos comportamientos que no encuadran dentro de la racionalidad económica neoclásica, han sucedido sistemáticamente en todas las crisis financieras desde el crack de 1929, hasta la crisis financiera del 2008, y parecen ser más la regla que la excepción en cuanto a la conducta de los agentes económicos. Estas acciones producto de la reflexividad, en caso de que su impacto sea notorio, se incorporan a una nueva reflexión sobre la realidad social. Cabe destacar que la reflexividad no es una exclusividad del comportamiento económico, es un elemento que pertenece a las distintas esferas de la acción humana. En resumen -aunque la teoría económica lo pase por alto-, “en situaciones donde intervienen actores pensantes, los pensamientos de esos actores forman parte de la realidad sobre la que se tiene que pensar” (Soros, 1999, p.36).

Referencias

- Bordieu, P. (2001). *El oficio del científico: ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona, España: Anagrama.
- Bunge, M. (2001). *La relación entre la sociología y la filosofía* (2ª ed.). Madrid, España: Edaf, S.A.
- Campbell, T. (1999). *Siete teorías de la sociedad* (5ª ed.). Madrid, España: Cátedra.
- Del Búfalo, E. (2007). *La genealogía de la subjetividad* (2ª ed.). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A.
- Del Búfalo, E. (2002). *El Estado nacional y la economía mundial* (Tomo I). Venezuela: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales –UCV Unidad de publicaciones.
- Del Búfalo, E. (1998). *Individuo mercado y utopía*. Venezuela: Monte Ávila Editores Latinoamericana, C.A.
- Descartes, R. *Discurso del método*. Weblioteca del pensamiento. www.weblioteca.com.ar.
- Harris, Marvin. (1985). *Jefes cabecillas, y abusones*. Alianza Cien, Madrid.
- Ibañez, T. (2005). *Contra la dominación*. Barcelona, España: Gedisa.

- Jacob, F. (1999). *La lógica de lo viviente*. España: Salvat.
- Lévi-Strauss, C. (2012). *La antropología frente a los problemas del mundo moderno*. Caracas: bid & co. Editor.
- Martínez, M. (2007). *El paradigma emergente: hacia una nueva teoría de la racionalidad científica* (2ª ed.). México: Trillas.
- Prigogine, I. (1997). *El fin de la certidumbre* (5ª ed.). Santiago, Chile: editorial Andrés Bello.
- Rousseau, J. (2007). *El contrato social* (19ª ed.). Madrid, España: EDAF, S.L
- Soros, G. (1999). *La crisis del capitalismo global: la sociedad abierta en peligro* Barcelona, España: Plaza y Janés S.A.
- Stiglitz, J (2007). *El malestar de la globalización*. España: Taurus.
- Watzlawick, P. (2014). *La realidad inventada*. Barcelona, España: Gedisa.

EL AUTOR

Pedro Alejandro Abreu

Doctorando, tesista en el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Central de Venezuela. Economista y antropólogo egresado de la Universidad Central de Venezuela. Autor de libros “Preguntas y Respuestas sobre Economía” (2013), editorial Guardagujas; “Preguntas y Respuestas sobre Petróleo”, editorial Guardagujas (2014). Autor de diversas investigaciones económicas y sociales.